

LOS PARTIDOS DINÁSTICOS



La soledad del rey

En la «Crónica de la semana» del número del 31 de Enero último del semanario «Nuevo Mundo», se decía esto, que no debe pasar sin nuestro comentario:

«Ante este doloroso espectáculo de una España sin hombres, de una España sin patriotas, pensamos muchas veces en la angustiosa soledad en que este régimen absurdo coloca al monarca. Problema tras problema, desde los comienzos de su reinado, este rey nuestro se ve obligado por su deber constitucional a ir resolviendo siempre el mismo problema, sin acabar de resolverlo nunca y sin poder llegar a resolverlo jamás: el de la ineptitud de sus secretarios de despacho y el de la imposibilidad de mudarlos por otros funcionarios más capaces y más desinteresados. Los partidos políticos tienen cercada a la Corona; desde las tertulias y desde los bufetes, que son tronos de las oligarquías, ascienden a la cámara regia los contados hombres, entre quienes podrá únicamente el rey designar sus ministros. Sólo ellos gobiernan; sólo su voluntad dirige a la nación; mientras más veces fracasan, más títulos tienen para seguir gobernando; mientras más les odia la nación, más posibilidades tienen de alcanzar el Poder. Así se va hundiendo el sol de España en las postrimerías de un poniente inevitable ya. Así se perdió Portugal; así buscaron libertad las tierras de América, que hoy podrían constituir la Confederación hispana; así se va encerrando la calumniada Castilla en lindes que antes de muy pocos años no bañará ningún mar. Pero todos estos estadistas habrán acabado, en cambio, su vida en pleno poderío, sin conocer las amarguras de la renunciación ni las tristezas de la responsabilidad. He aquí, sin embargo, que se define ya de manera muy concreta este dilema: o se acaba este régimen o se acaba España. Es preciso que el rey busque nuevos servidores; que hombres no fracasados sean quienes gobiernen. Es preciso que el rey no esté solo; que la nación le acompañe. No le bastará con tener la fuerza; no le bastará con tener al Parlamento. Todo eso es artificial y puede manufacturarse con arbitrios sutiles, como lo vienen haciendo nuestros gobernantes. Lo que no puede fingirse ni disrazarse ni satisfacer con una apariencia o una simulación, es el alma de la patria, la fe de cada español, y eso es preciso que acompañe al rey en la soledad en que se encuentra.»

A lo que tenemos que decir que de esa soledad es el rey mismo quien tiene la mayor culpa. ¿Quién ha dicho que le sea imposible mudar a sus ineptos secretarios de despacho por otros funcionarios capaces y más desinteresados? ¿No es él quien nombra constitucionalmente los ministros y no es él quien de hecho nombra los jefes de los partidos al llamarles a presidir sus Consejos y al darles el decreto de disolución? ¿Quién si no él hizo jefe del partido conservador—de lo ajeno—al Dato ése? ¿Y quién ignora que hay político palatino a quien en Palacio se le ha dicho: «Ahora conviene que dejes a Romanones y te vayas con Alhucemas»? La soledad del rey se debe a que en Palacio se ha hecho política de partido. Se ha formado el partido palatino, distribuido entre los otros gubernamentales, el partido de la lealtad personal incondicional, ¡y es claro!, el rey se ha quedado solo.

En todas las elecciones generales hay diputados, y sobre todo senadores, especialmente del rey, diputados y senadores de Palacio, figuren, por fórmula, en el partido en que figuren. Alguno acaso y alguna vez en el republicano. Y si esto dura, llegará a buscarse diputados socialistas de Palacio. ¿Quién ignora, verbigracia, que el actual embajador de su majestad el rey, y no de España, en la República francesa ha sido uno de esos diputados del rey?

Hay durante las elecciones generales un encasillado—y un desencasillado también—de Palacio. Y por cierto en las últimas no tuvo que hacer encasillado alguno el príncipe de Ratibor, porque el encasillado que éste habría hecho era el de Palacio. No necesitó, pues, el príncipe de Ratibor desencasillar a Melquiades Alvarez, nuestro compañero del mitin de la plaza de toros en pro de los aliados y en contra de la neutralidad habsburgiana a todo trance y costa. El interés de Ratibor era el de Palacio. O mejor viceversa: el interés de Palacio era el de Ratibor.

«Es preciso que el rey busque nuevos servidores; que hombres no fracasados sean quienes gobiernen», nos dice el cronista del «Nuevo Mundo». ¿Y quién si no el que los ha hecho plegarse a sus caprichos, y no que respondan, sino que no respondan de sus actos irresponsables, que los oculten o los falseen, quién sino el que tal hizo tiene la mayor culpa de que esos hombres hayan fracasado? Lo que no abuelve, ¡claro está!, a esos cancilleres de sus abyectas complacencias.

«No le bastará con tener el Parlamento», agrega el cronista. Y hasta ése lo perderá, o por lo menos debería perderlo, si se persiste en la locura de que haya un partido palatino, personal de su majestad. ¿No le dijo acaso a Melquiades Alvarez, la primera vez que le vió, que ingresara en la izquier-

da del partido liberal dinástico? Mientras siga la torpeza y locura de querer hacer del rey el jefe de un partido político, aunque distribuido por fórmula entre los partidos, ese jefe expuesto a quedarse con minoría en el Parlamento. Mientras se siga haciendo política de partido en Palacio, la soledad del rey irá en aumento.

«Es preciso que el rey busque nuevos servidores...» Pero de la nación, de España, entendámonos, y no suyos, no del rey precisamente. Y no es el

modo de buscar servidores de España, de la nación, exigir de los que hayan de serlo ridículos acalamientos. Sabemos de coronetes que no ascendieron porque no buscaron ellos rendir esos homenajes oficiosos; porque no pretendieron presentarse, ni para un saludo, donde no se les llamaba. El besamanos es una ceremonia simbólica de la degradación de los que buscan medro. Si el rey ha de encontrar servidores de España, de la nación, no ha de buscar que le busquen a él, al rey, que debe ser otro servidor de España y nada más. Y para servir a la que debería ser su patria, debe dejarse de formar partidos políticos palatinos y debe dejarse de buscar que le busquen, y debe dejarse de confundir el patriotismo con la lealtad a su persona. Lealtad que suele consistir en engañarle, en mentirle y en no llevarle la contraria cuando por patriotismo se le debe contrariar y fuertemente.

¿Que el rey está solo? ¡Más sola está España! Y de que España esté tan sola acaso es a él, al rey, al que le cabe más culpa.

MIGUEL DE UNAMUNO.

